

B i b l i o g r a f í a

LIBROS

CRiado, RAFAEL, S. I., *La Sagrada Pasión en los Profetas*.—Escelicer, Cádiz (Madrid, 1944) XX, 187, 10 pts.

Digno de aplauso nos parece cualquier esfuerzo para poner al alcance de los fieles seculares que aspiran a una instrucción religiosa más extensa y profunda que la que puede considerarse normal, los tesoros de ciencia y piedad contenidos en el A. T., por lo general menos accesibles a la generalidad de los fieles que los del Nuevo. Retrae de ese empeño un poco la dificultad intrínseca de la empresa y el no ofrecerse ella tan prometedora de frutos como la divulgación del Nuevo Testamento. A pesar de ello el P. Criado la ha tentado, escogiendo, eso sí, un tema de los más atrayentes y de mayor relieve que ofrecen las páginas de los profetas de la Antigua Ley. De él había hecho el objeto de las conferencias de un curso en el Centro de Cultura Religiosa Superior de la Facultad teológica de Granada (Cartuja), que son las que presenta en este opúsculo, con adición de notas bibliográficas y otras ampliatorias de varios puntos tocados en las conferencias con la imprescindible brevedad que reclamaba la exposición oral.

Contento pudo quedar el P. Criado de su labor. Al tino de la elección del tema ha sabido juntar las cualidades que contribuyen más a hacer apreciable una obra de este género: criterio seguro, plenitud y sinceridad científica junto con estilo adecuado. La primera, la más importante sin duda para que un trabajo de esta índole resulte orientador y provechoso para los lectores, es a nuestro juicio la más saliente en el librito. El autor a lo largo de él ha tenido que tomar posición en muchas cuestiones críticas exegéticas e históricas que le salen al paso, y siempre lo hace con ponderada reflexión y recto juicio, sin timidez que le haga rechazar lo nuevo por serlo, pero sin temerario arrojo que le impulse a abrazar opiniones modernas que no aleguen legítimos títulos justificativos. Esa serenidad de juicio se muestra, por ejemplo, en la nota, que es una compendiosa monografía, sobre la cuestión isaiana. En ella se ponderan con ecuanimidad los argumentos en pro de las dos sentencias, sin disminuir en nada el valor de las razones en pro de la opinión moderna, y decidiéndose por la tradicional sólo por el mayor peso de las que militan por ella. La misma ecuanimidad y sensatez se puede apreciar en otras varias discusiones, en las que ya se decida por una u otra opinión, lección o versión, siempre lo hace basado en fundamentos que se habrán de reconocer siempre como sólidos. Mucho nos gozamos en hallar en nuestros escrituristas contemporáneos esa hermosa cualidad, característica, por lo común, de los exegetas españoles, y sin la cual es tan fácil dar en un

terreno no exento de malos pasos, feos y peligrosos resbalones. Ojalá siga siendo ella prerrogativa de nuestros pensadores sagrados.

De la sinceridad científica del autor acabamos de señalar un rasgo. Ella es nota relevante en todo el libro. Los diversos capítulos son otras tantas lecciones de profesor que ha estudiado a fondo la materia y la expone con rigor científico y con tal amplitud que los lectores están en disposición de poder formular juicio personal sobre las diversas cuestiones. Aun a los mismos dedicados al estudio del A. T. podrá ser de provecho al opúsculo, no sólo porque ofrece el ejemplo de un trabajo de vulgarización bien encauzado y realizado, sino porque aun sin presentar novedad alguna importante, condensa en pocas páginas gran acopio de material científico y bibliográfico.

Digno de elogio juzgamos también el haber el autor dirigido su trabajo no sólo a procurar la perfecta inteligencia del texto sagrado, sino también la apreciación y gusto del valor religioso y espiritual de los vaticinios que explica. Ha sido propósito suyo que su obra lleve "a los lectores a la vivificante contemplación del misterio por excelencia de nuestra santa Fe" (p. VII). Ese ha de ser en último término el blanco de todo estudio de la S. Escritura si hemos de responder a los designios de su Autor divino: el hacernos sabios en orden a la salud; cabales, dispuestos y a punto para toda obra buena (cf. 2 Tim 3, 16.17).

LUIS BRATES, S. I.

THILS, G., *Etudes bibliques... L'Enseignement de Saint Pierre*.—Librairie Lecoffre, J. Gabalda & C^{ie} Editeurs (Paris, 1943).

En un interesante opúsculo de 165 páginas el Profesor G. Thils, del Gran Seminario de Malinas, pretende encerrar la enseñanza o doctrina de San Pedro deducida del estudio de sus escritos, entendidos en el más amplio sentido de la palabra: *sus escritos*: es decir, "su primera epístola de indubitable autenticidad" (hablo según la opinión de Thils), aunque "escrita por su secretario Silvano, con ideas, temas, pruebas e imágenes recibidas de San Pedro"; su segunda epístola, probablemente obra de un discípulo de San Pedro, que pretende dar la enseñanza de su maestro; usa además el Profesor Thils en su estudio cuanto acerca de los discursos y dichos, y aun *hechos* de San Pedro se encuentra en los *Hechos Apostólicos* y en los *Evangelios*. Esos elementos, y cuanto puede servir para conocer a San Pedro como escritor, se estudian en las 21 primeras páginas: reservando las restantes para estudiar ordenada y metódicamente las enseñanzas de San Pedro, referentes a *Dios, en cuanto Padre*, y a *Jesucristo, en cuanto Salvador y Señor; al Espíritu Santo (Dios, Jesús y el Espíritu)*; radicando en este estudio las enseñanzas especiales de "*los cristianos, hijos de Dios*" de "*La Comunidad de los hermanos*", "*las virtudes del cristiano*"; y las enseñanzas de San Pedro acerca de "*los Angeles y el Diablo*": para cerrar el opúsculo con el estudio de "*la herencia de los bienes mesiánicos...*"

El interés de los puntos enunciados crece con el estudio y desarrollo de los mismos, basados en la colección, sistematización y exégesis literal de textos, recogidos de todos los escritos petrininos, dando siempre la preferencia a los textos de su primera epístola.

No podemos menos de alabar gustosos tanto la concepción del opúsculo, cuanto su desarrollo y método, no menos que el conjunto de enseñanzas genuinamente petrininas, que quedan atesoradas en sus páginas, generalmente ponderadas y equilibradas, y en más de una ocasión amplias, elevadas y profundas. Ante lo ponderado y equilibrado de sus

deducciones y afirmaciones no sé cómo pudo escribir (p. 34, n. 1, la frase inicial del apartado "Los nombres de Jesús"): "Pedro jamás pronuncia la palabra: Mesías"...; ya que todo el opúsculo y sobre todo sus páginas 35-55 están cuajadas de textos *mesiánicos*, en los que se escribe *el Cristo, Jesu-Cristo, El Señor Jesu-Cristo*, esparcidos por todos los escritos petrinus; a no ser que se refiera a la materialidad de la palabra *Mestas* en su forma hebrea o aramaica.

Un índice bien pensado de todos los textos petrinus, citados y explicados en el opúsculo, hubiera sido utilísimo para los lectores, y hubiera aumentado el valor científico de un trabajo, realizado con tanta competencia y esmero.

R. GALDOS, S. J.

ALTANER, BERTOLDO, *Patrologia*, III edizione aggiornata e ampliata dall'autore; riveduta dal dott. A. FERRUA, S. I.—Casa editrice Marietti (Turín, 1944). XX-385, en 8.º

Con verdadero aplauso y alborozo saludarán los estudiosos de los Santos Padres, discípulos y especialistas, la nueva edición de la *Patrologia* de Altaner, editada por Marietti. Nuestros lectores conocen ya las excelentes cualidades que recomiendan la obra: una historia de la literatura patristica con sus biografías y datos cronológicos; justa apreciación del contenido de las obras de los Santos Padres, con una crítica certera de su valor y aportación doctrinal; bibliografía completa en su selección de ediciones, traducciones y monografías correspondientes. El conjunto es un instrumento utilísimo de trabajo que informa en un momento dado sobre el estado actual de la investigación de cualquier punto patristico, con la indicación de los auxiliares bibliográficos más modernos y apropiados.

Esta edición italiana, puesta al día y ampliada por el autor, obtiene el valor de una nueva edición sobre el estado de las anteriores. Más de mil nuevas citas se han sumado a la ubérrima literatura anterior, fruto de la novísima investigación. El estudio patristico se ha extendido a ocho nuevos escritores. Toda la obra, finalmente, ha experimentado una ventajosa refundición, que apenas dejará una página sin notables mejoras. Debe subrayarse singularmente la indicación del contenido de las monografías, hasta de los artículos de revistas, en la bibliografía. También es un acierto la numeración marginal, seguida, que facilitará las referencias.

El revisor, P. A. Ferrua, S. I., especialista también él en estudios patristicos y arqueológicos, ha sometido toda la obra a cuidadoso examen, evitando así ciertas incorrecciones e inexactitudes de la edición anterior, que advertimos en otra ocasión (cf. Rev. españ. de Teología, 1945, p. 452s).

Dando gracias al cielo por haber conservado la vida del gran patrólogo alemán, a través de la catástrofe de su patria, nos complacemos en su meritísima labor científica, secundada, para bien de la Iglesia, por la Editorial Marietti.

J. MADDOZ, S. I.

FERNÁNDEZ, D., DE DALMASES, C., LETURIA, P., S. I., *Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola et de Societatis Iesu initis*. Vol. I: *Narrationes scriptae ante annum 1557*: "Monumenta Historica Societatis Iesu", vol. 66 (Romae, 1943) 110+886.

Los eruditos e historiadores que se interesen por la vida religiosa, política y cultural del siglo XVI saludarán con júbilo la aparición de

este volumen de MHSI que nos ofrece críticamente depuradas y copiosamente anotadas las fuentes narrativas de la Historia de S. Ignacio de Loyola y de la naciente Compañía de Jesús. Se ha dicho—y no sin fundamento—que todo el siglo XVI yace oculto en los 66 volúmenes de MHSI. La reciente magnífica obra del P. Cereceda sobre "Diego Lafnez en la Europa religiosa de su tiempo" lo demuestra, lo mismo que otras de afamados historiadores que de aquella riquísima cantera extrajeron los más preciosos materiales.

Sepan los historiadores que ya se puede escribir una Biografía completa y acabada de San Ignacio. Si hasta ahora se nos antojaba temeraria semejante empresa, no así desde que se acabó de publicar la *Series I* de *Monumenta Ignatiana*, y sobre todo desde que este volumen de la *Series IV* ha venido a precisar y aclarar tantos puntos de la vida interna y externa del Fundador de la Compañía.

Se trata de una reedición del tomo I de *Scripta de Sancto Ignatio*, publicado en 1904, o mejor, de una pequeña parte de él. Dejando para otros tomos las fuentes documentales, se recogen aquí solamente las fuentes narrativas hasta la muerte de San Ignacio, pero tan acrecentadas y en forma tan diversamente organizada y anotada, que más que una reedición resulta una obra nueva.

La Colección de MHSI se ha ido perfeccionando técnicamente de una manera palmaria, estando hoy a la altura de las mayores exigencias en el mundo científico. Para notar ese progreso no hay sino comparar el vol. I de *Scripta de Sancto Ignatio* (1904), excelente con todo, aunque perfectible, con este que ahora nos ocupa. Aquí la Introducción general es más amplia y erudita, se ponen introducciones particulares a cada pieza o documento, describiéndolo minuciosamente, explicando las circunstancias históricas en que surgió, los códices en que se ha conservado y determinando su valor; los mismos documentos se editan a base de mayor número de manuscritos y más metódicamente; el aparato crítico es más completo y las notas históricas, utilísimas para el historiador futuro, mucho más copiosas; en fin, los Índices nada dejan que desear. Una innovación plausible ha sido también el hacer constar los nombres de los autores que han preparado cada volumen.

En un largo *Prefacio* o introducción de más de cien páginas escuetas y densas se estudian y discuten diversos puntos, principalmente cronológicos, por ejemplo, el año del nacimiento de S. Ignacio, que tras complicadas averiguaciones se coloca en 1491, antes del 23 de octubre, ya que en tal día del año 1505, a juzgar por un documento notarial de Azpeitia, tenía cumplidos los 14 de edad. En el mismo *Prefacio* se nos da una *Cronología* exactísima y muy pormenorizada de toda la vida de S. Ignacio, primero por años, después por meses, y señalando el día siempre que se puede, con la comprobación documental en notas. La ida del joven Iñigo a Arévalo se pone (con interrogación) en 1506; nosotros la adelantáramos por lo menos uno o dos años. En 23 páginas se da noticia de los códices utilizados, directa o indirectamente, por los editores. La *Bibliografía* ocupa 19 páginas.

Los monumentos editados son los que siguen:

1. *Noticias contáncas del Santo sobre el relato que escribió, y no se conserva, de su peregrinación a Palestina*. No creemos que haya suficiente razón para presentar aquí estos testimonios, que tienen su lugar propio en otro tomo. Bastaba con indicar su existencia en una breve nota. En cambio, opinamos que aquí se debía haber publicado algún fragmento del Diario de Füssly, compañero de Iñigo en su viaje a Tierra Santa.

2. *Carta de Ignacio a Isabel Roser, refiriendo las persecuciones pa-*

decidas en aquel año de 1538. También creemos que bastaría con una nota, dejando el documento para el tomo I de las *Epistolae*.

3. *Elección de S. Ignacio para Prepósito General*. Documento redactado por el propio Fundador.

4. *Memorial del Beato Pedro Fabro (Fragmentos)*. Habiéndose ya publicado en otra sección de MHSI, creemos que bastaría aquí una simple referencia, o en todo caso un fragmento mucho más breve, porque las fuentes aquí recogidas han de ser de S. Ignacio o de la naciente Compañía en general, no de todos y cada uno de los compañeros de S. Ignacio en particular, ya que las fuentes relativas a éstos se publican en otro lugar.

5. *Carta de S. Ignacio a Juan III de Portugal*. Narración de las acusaciones, procesos y cárceles que ha sufrido hasta entonces, 15 de marzo de 1545. Decimos lo mismo que del n. 2.

6. *Carta del P. Lainez a Polanco (16 junio 1547)*. Aquí merecen los editores todos nuestros aplausos por el esmero que han puesto en la publicación de este documento fundamentalísimo, que no es una carta, aunque así se la denomine, sino una biografía preciosa, la primera biografía de S. Ignacio escrita en vida del héroe por quien mejor le conocía entonces. Va por delante una descripción de los manuscritos existentes y un cotejo de los principales. El texto castellano aquí editado es distinto de los dos conocidos por la primera edición de 1904; se basa en el manuscrito RvE, que ciertamente es superior al C y X utilizados antes. Justamente se publica una antigua traducción latina del documento.

7. *Sumario de las cosas más notables que a la institución y progreso de la Compañía de Jesús tocan*. Es una historia de los orígenes de la Compañía, trazada en español por el P. Polanco en 1547-48, obra de capital importancia, ya conocida de antiguo, pero no publicada hasta ahora, y que utilizarán con provecho los historiadores, aun conociendo ya la *Vita* latina y el *Chronicon* del mismo autor y de fecha posterior. La nota 4 de la página 153 está en pugna con la 4 de la página 26*, quizá porque en ésta se ha añadido a última hora un nuevo dato.

8. *Breve Sumario o compendio italiano del documento anterior*. Escrito por el mismo Polanco. Se diferencia de aquél no sólo en que es más breve y está en italiano, sino en su carácter: aquél es documento privado de un cronista que prepara materiales para una obra posterior; éste más bien parece un resumen hecho para ser divulgado.

9. *Informaciones breves acerca de la nueva Orden religiosa*. Como más que a la historia narrativa pertenecen a la apologética, y por otra parte los documentos se hallan ya publicados en otras Series de MHSI, no se les da cabida en este tomo más que con una sencilla referencia. Basta y sobra.

10. *Ehortaciones del P. Nadal, tenidas en España en 1554*. A nuestro juicio, debían haberse publicado, siquiera fragmentariamente, en *Monumenta P. Natalis*; mas ya que allí no vieron la luz pública, bien están aquí los pasajes en que se habla de los orígenes de la Compañía de Jesús.

11. *Fragmentos de la apología de Nadal en pro de los Ejercicios*. Puesto que están ya publicados en otro lugar, no vemos motivo suficiente para que se repitan aquí.

12. *Actas de S. Ignacio escritas por el P. González de Cámara*. Esta es la que solemos llamar *Autobiografía de S. Ignacio*, monumento sin par en la literatura ignaciana. Los editores han hecho una labor amorosa y diligentísima, procurando darnos el más depurado texto original, parte español, parte italiano, con la traducción latina del P. Du Coudray, adornado con previas disquisiciones críticas e históricas, minuciosa descripción

de los códices manuscritos, de las ediciones (1731, 1904) y de las versiones, y sobre todo con riquísimo aparato crítico de variantes y notas ilustrativas del texto. Muy acertada nos parece la manera de adjuntar al texto las notas marginales del original, en vez de ponerlas en notas, como se hizo en la edición de 1904. Acerca de la discusión entablada en la página 326 sobre la frase ignaciana "*Y estudió [en Alcalá] términos de Soto*", nos parece probable la solución que dan los editores, diciendo que efectivamente pudo estudiarlos en algún cartapacio o *Reportata* de los que escribían los alumnos mientras dictaba el profesor, ya que todavía en 1526 el libro de *Súmulas* de Domingo de Soto no se había impreso ni publicado. Es posible que algunos manuscritos de Soto corriesen entre los estudiantes. No servirían, ciertamente, de texto en las clases de la Universidad, pero ya hicimos notar hace años que, según el Proceso de Alcalá, ni Iñigo ni sus compañeros asistían a las aulas universitarias, sino que recibían lecciones en particular. Pudo, pues, un antiguo discípulo de Soto enseñarle los *Términos* o *Súmulas*. Sin embargo, hay otra solución que nos parece no menos probable, y es que quizá San Ignacio no dijo "*Términos de Soto*" sino "*Términos de Enzinas*". Entonces, ¿le falló la memoria al P. Cámara? Nada tendría de particular. Se explica perfectamente que no se le grabase bien el nombre de Enzinas, y al poner por escrito lo que había oído a San Ignacio, pusiese el nombre de Soto en vez del de Enzinas, porque Soto era en aquellos años el texto clásico y corriente de *Términos* o *Lógica*. Así como Nebrija era sinónimo de Gramática latina, del mismo modo Soto lo era de *Lógica*. Ya para entonces Enzinas había pasado de moda. Y es muy natural que el P. Cámara al oír "*Términos...*" pensase inmediatamente en Soto. Por otra parte, como apuntan los editores, en una Exhortación inédita del P. Nadal, de 1561, se dice que Ignacio "*estudió Términos de Encinas*". El vallisoletano Fernando de Encinas († 1523) enseñó *Lógica* en Alcalá durante el año 1522, dejó en aquella Universidad muchos discípulos y admiradores, y sabemos por testimonio de Alvar Gómez, que los libros de Enzinas (publicados en 1518, 1520, 1521, etc.) servían de texto en las Escuelas, años después de la muerte del autor.

13. *Memorial o Diario del P. Luis G. de Cámara*. Este documento, tan fundamental, bien que incompleto, para conocer el carácter y el modo de proceder de S. Ignacio, está escrito en castellano y en portugués. Dada su importancia, los editores los han estudiado y editado con no menor diligencia y esmero que las Actas, como se ve por el largo prefacio que anteponen al texto.

14. *Dedicatoria de la Teología mística de E. Herp*. Edición hecha por el cartujo de Colonia T. Loher en 1555. Es interesante por las noticias que da de la Compañía y de S. Ignacio de Loyola, en vida del mismo, al cual va dedicada la obra, y porque es una hermosa prueba del cariño de aquellos cartujos a los jesuitas.

15. *Carta circular de Polanco sobre la muerte de S. Ignacio*. Es la mejor fuente de información sobre la enfermedad y muerte del Santo.

16. *Fragmento del Diario de T. Geeraerts con la noticia de la muerte de S. Ignacio*. Dice que a la muerte del Santo se compusieron y aun se imprimieron muchos versos. ¿No se podría haber traído algunos, siquiera en nota, de los que se conservan en el Cod. Ms. Gesuit. 764 de la Biblioteca Vittorio Emanuele?

17. *Epitafio puesto sobre el primer sepulcro de S. Ignacio*. Testifica que murió a los 65 años de edad; luego nació en 1491, después del 31 de julio. La fecha precisa del nacimiento no se puede fijar, aunque si

podemos decir, por lo apuntado al principio, que fué antes del 23 de octubre.

18. *Indicaciones de los personajes a quienes se comunicó la noticia de la muerte de S. Ignacio*. No vemos razón para este apartado, cuyo lugar más propio nos parece una nota o el prefacio del n. 16.

19. *Opúsculo en forma epistolar y en lengua latina de A. Widmanstadt, con la traducción alemana de E. Agricola (Kastenbauer), narrando la vida y muerte de Ignacio, y haciendo la apología de la Compañía de Jesús*. Es el texto más antiguo (1556) en que se habla de la cueva de Manresa.

Coronan este espléndido volumen un Apéndice con la concordancia entre las signaturas antiguas y modernas de los Archivos de la Compañía y un Índice de personas, lugares y cosas, muy detallado y exacto.

Nunca agradeceremos bastante a los editores de MHSI la improbable labor de investigación y de crítica que se toman para darnos el texto más depurado de estos documentos tan importantes para la Historia religiosa del siglo XVI. Y nunca alabaremos dignamente la extraordinaria erudición que van derramando en notas y prefacios a fin de aclarar y facilitar el manejo de estas fuentes históricas.

Tan sólo se nos ofrecen unas pequeñas observaciones. Primero, sobre la transcripción de los documentos. En principio, nada tenemos que oponer a las normas—que quizá alguno tachará de excesivamente modernizantes—establecidas en la página 5*. Las aprobamos en todo, con tal que al modernizar la ortografía se tenga cuidado de respetar todo lo que a la fonética se refiere. Así, por ejemplo, en el caso en que la doble *s* represente un fonema especial, no se debe sustituir por la *s* simple. Ni aconsejaríamos transcribir *espiritual* por *spiritual*, *estudio* por *studio*.

Lo que positivamente censuramos en este volumen es que muchísimas veces no se guardan las normas primero establecidas, y unas mismas palabras se transcriben de diferentes maneras: *el cual* y *el qual*, *cuatrín* y *quatrín*, *Pascuas* y *Pasquas*, *cuanto* y *quanto*, *cincuenta* y *cinquenta*, *frecuente*, *frequente* y *freqüente*, *levantar* y *llevar*, *escribir*, *escriuir* y *scrivir*, *viaje* y *viage*, *satisfacción* y *satisfación*, *Manresa* y *Manrresa*, *también* y *también*, etc. Ni vemos cómo se puede escribir, conforme a las dichas normas, *Magestad* (p. 6.7.13), *Theodosio* (18) y *Theodozio* (209), *Enares* (52), *toquan* (53), *Estevan* (110), *Paschasio* (118. 120), *Eucharistía* (96), *Rei* (134), *assumpto* (209), *hespañol* (466. 468). etcétera. En algún breve documento, como el de la página 301, se siguen normas distintas, no modernizando nada, como no sea la puntuación. Esta falta de uniformidad puede explicarse, o por no haberse puesto de acuerdo los autores desde el primer momento, o porque fluctuaron y aun cambiaron de normas en los largos años de la preparación de su obra.

Atendiendo al texto crítico que nos ofrecen, no es fácil corregir a los editores, que han cotejado despacio todos los manuscritos y examinado su valor, mientras que el lector no dispone más que del aparato crítico que le suministran los mismos editores. Escoger siempre el texto más puro y el más conforme con el original perdido, suele ser problema muy difícil y complicado, cuando existen diversas lecturas de casi igual autoridad; algunas veces, imposible. Hemos examinado alguna que otra variante y hemos sacado la conclusión de que a veces los editores parece que han tenido por criterio reconstruir el texto primigenio tal como debía haber sido, no precisamente como fué; de ahí cierta arbitrariedad o criterio subjetivo que nos parece descubrir en la selección de algunas variantes. Ahí va un botón de muestra. En la página 408,91 leemos:

"*le ha puesto la cibdad*"; el manuscrito C dice *puso*" y así lo exigiria la Gramática para que concordase con el verbo anterior "*inferno*". ¿Por qué los editores eligieron "*ha puesto*" antes que "*puso*"? Sin duda, porque el manuscrito N tiene más autoridad que el C. Muy bien; pero entonces en la página 420,18 "*y vomitó tanto*" ¿por qué se escoge la forma *vomitó* del manuscrito C, siendo así que el manuscrito N dice *gomitó*? Suponemos que por el criterio puramente subjuntivo de los editores, o sea, porque esta forma no es hoy día usual. Pero lo era en tiempo de San Ignacio y probablemente fué así como habló él. En la página 426,1 se lee: "*Y se ven aún agora*". ¿Por qué se dejó la forma "*veen*" del manuscrito N? Sin duda por la misma razón. Muestras como éstas se podrían multiplicar con un poco de paciencia.

Ya hemos hecho arriba el elogio de la extraordinaria erudición y trabajo que suponen las notas. En algún caso raro las hemos echado de menos, v. gr., en las págs. 413 y 416 se podía haber precisado el valor que tenía la moneda que se decía "blanca" y el "cuatrino", como se hace con el "julio" en la p. 430. Alguna otra nota, como la de la 1 de la p. 414, en vez de aclarar, puede oscurecer y dejar perplejo al lector.

En otro punto disintimos de los competentísimos editores. En la página 482,15 dice el texto de la Autobiografía: "*truovò li predetti*". Si todos los manuscritos leen *preli* y todas las versiones traducen *presbíteros*, ¿por qué esa extraña y rebuscada lectura de *predetti*? Se responde que la palabra *preli* es abreviatura de *predetti*; pero nos parece falso, porque en la abreviación paleográfica de *predetti* o de palabras parecidas, como *praedictus*, lo que se abrevia es la primera sílaba *pre*, y de la segunda se escribe por lo menos la letra *d*. Además, opinamos que el contexto, las antiguas versiones, la tradición de los primeros historiadores, Ribadeneyra, etc., están recordando que se lea *preli*. Eran, pues, los *presbíteros* de Azpeitia y no los *antedichos* servidores de la casa de Loyola los que encontró San Ignacio muy cerca ya de su pueblo. ¿Cómo habian de ser estos mismos los que encontró en Bayona? ¿Cómo le habían de abandonar primero, para juntarse con él otra vez en el camino? Sin duda que, como mozos, corrieron los criados y se adelantaron al peregrino y anunciaron en Azpeitia su próxima llegada; entonces fué cuando *algunos sacerdotes* amigos de los Loyola salieron a su encuentro.

Una última advertencia. El latín de Prefacios y notas, sin ser bárbaro ni incorrecto en general, es poco clásico, se trasluce el giro vernáculo bajo el sonsonete latino, no aspira a la pureza y castidad de los tiempos áureos, lo cual desdice de la noble tradición jesuítica, tan fielmente guardada por los editores matritenses de MHSI. Tratándose de una obra monumental y hermosa como ésta, bien puede el censor reparar en lunareillos como los apuntados, que nada significan ante el resplandor y grandeza del conjunto. Muchas veces hemos pensado que la primera edición de 1904, acompañada de otros tomos similares de la misma Colección, fué causa de que muchos cambiasen el concepto que tenían de San Ignacio y se inaugurase una era fecunda de estudios sobre la Compañía y su fundador. Renovados ahora algunos de aquellos volúmenes con más amplios materiales, mejores índices, mayor número de notas y comentarios, facilitarán el trabajo de los historiadores, y consiguientemente se multiplicarán los estudios ignacianos, para mejor comprensión de aquella gigante personalidad y de su corazón y espíritu.

Terminemos, pues, dando gozosamente la bienvenida a este magnífico volumen, honra exponente de nuestra ciencia histórica.

MURO OREJÓN, ANTONIO, *Las Leyes Nuevas. 1542-1543*. Reproducción de los ejemplares existentes en la Sección de Patronato del Archivo General de Indias. Transcripción y Notas por... (Sevilla, 1945) 27,5×17 centímetros, 25 p., más 24 de lám. que reproducen el texto Ms. de las referidas Leyes.

Forma el N. XIV, Serie 1.ª, núm. 8 de las publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla, dependiente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, preparado por el Sr. Muro con ocasión de la Asamblea de Americanistas celebrada en dicha ciudad por noviembre de 1943. Así ha contribuido a proporcionar a los estudiosos del Derecho indiano una edición auténtica de las famosas Leyes Nuevas, muy bien ideadas en Barcelona y Valladolid por los consejeros de Carlos V, bajo la inspiración de Las Casas, pero irrealizables en América, donde produjeron gravísimos conflictos. No estará de más advertir que aunque el título anuncia la reproducción de ejemplares, se trata de un solo ejemplar, como las mismas Leyes que se dieron en Barcelona y sufrieron un retoque en Valladolid antes de su promulgación, y así figuran ya en las primeras ediciones de Alcalá, 1543 y Valladolid, 1603.

F. MATEOS, S. J.

GETINO, LUIS ALONSO, O. P. *Influencia de los Dominicos en las Leyes Nuevas*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la Universidad de Sevilla: XIII. Serie 1.ª, núm. 7. (Sevilla, 1945) 27,5×17 cm.; VIII, 94 p.

Bien conocido es el P. Getino en el campo de las letras, y su reciente muerte con razón la han llorado los amantes de España, de la que fué leal y meritísimo servidor. Su afición a estudios americanos se consagró durante el viaje que en 1923 hizo por varias Repúblicas de Sudamérica, agregado a la embajada que presidió el cardenal Benlloch, y fruto de ella es el presente estudio, más de vulgarización que de alta investigación, en que a la vez que defiende el honor de España contra las inculpaciones de sus enemigos por la crueldad de los primeros conquistadores, sobre todo en las Antillas, y la despoblación de los indios que, en contra de las ideas exaltadas de Las Casas, trata de explicar conforme a postulados científicos hoy comúnmente seguidos; se detiene sobre todo en exponer la acción de los Dominicos en los albores de la epopeya indiana, primero en la Española, donde brillaron Pedro de Córdoba y Antonio Montesinos, figura que estudia con particular detención, y después en Tierra Firme y en Nueva España, con los diversos ensayos de entradas pacíficas a los indios infieles por los misioneros solos, sin el auxilio de soldados, en Cumaná y Tuzulutlán. Al mismo tiempo que en España influían poderosamente con el Rey y los Consejos, a fin de suavizar la condición y trato de los indios, que culminó en las llamadas Leyes Nuevas de 1542. Una tesis oculta hay en toda la disertación: la de salvar la responsabilidad de Las Casas, principal fuente y arsenal de la difamación antiespañola, uniendo y mezclando su causa con la de los demás religiosos misioneros de Indias; tesis que si bien tiene algo de verdad, conviene distinguir cuidadosamente, pues la mayoría de los otros predicadores de la fe, al mismo tiempo que hicieron labor evangélica más eficaz y constructiva que Las Casas, se conservaron con los ojos muy abiertos a la realidad americana, y no dieron

en las quiméricas exaltaciones y apreciaciones del primero, encomendero y tormento de los indios, y después de fraile, su protector. El móvil de humanidad con los indígenas americanos, sano es y honroso, y muy español, pero también han de ser honestos y científicos los medios que se adopten para luchar por tan noble ideal.

F. MATEOS, S. J.

SCHUSTER, A. I., GARDENAL, O. S. B., *Liber Sacramentorum. Estudio histórico-litúrgico sobre el Misal romano*. Tomo IV: *El bautismo en el Espíritu y en el fuego*. Tomo V: *Las eternas nupcias del Cordero*. Editorial Herder. Barcelona, 1943 y 1944.

Debemos agradecer a la Abadía benedictina de Samos, y especialmente a uno de sus monjes, el P. Victoriano González, traductor de los últimos tomos, la esmerada versión castellana de la magna obra litúrgica del Card. Schuster. Ya en abril de 1944 hicimos en esta Revista la presentación de los tres primeros tomos, tributándoles los elogios que se merecen. Siguiendo el Misal o los ciclos del año litúrgico, estos dos tomos que ahora reseñamos estudian "la sagrada Liturgia durante el ciclo pascual" y "desde la Dominica de Trinidad hasta el Adviento". Le preceden a cada tomo unas introducciones históricas, que en el tomo IV versan sobre "La Eucaristía lucernaris", "Algunos ritos pascuales de la Edad Media", "La Pascua de las rosas en la liturgia romana". "Los antiguos himnos de la celebración de las vigiliias nocturnas", y en el tomo V, sobre "Roma oriental en la liturgia" y "la obra del monacato en la vida litúrgica de Roma". Interesantísimos son los Apéndices eucológicos, verdadera antología de himnos, oraciones y otros documentos litúrgicos de la antigüedad. El comentario al Misal conserva las mismas cualidades de sobriedad y hondura que alabamos en los tomos precedentes. Esta magnífica obra reúne condiciones muy varias, que la hacen aptísima para servir de libro de estudio, libro de lectura espiritual y libro de oración y meditación. En la primera lectura el entendimiento se enriquece con gran caudal de conocimientos litúrgicos, dogmáticos e históricos; pero esa lectura debe repetirse más sosegadamente, y se verá cómo su dulzura alimenta el corazón y no tarda en brotar con suavidad la llama de los efectos, sirviendo a los sacerdotes de preparación al Santo Sacrificio de la Misa.

Algunas pequeñas erratas hemos notado. En la p. 257 del t. V hay que leer *sinum* en vez de *signum* para que haga sentido y conste el pentámetro. En la manera de citar los textos litúrgicos notamos cierta falta de uniformidad; así, por ejemplo, si son griegos, unas veces se transcriben en griego con la traducción castellana; otras sólo en latín, y otras en latín y castellano; y si son latinos, cuándo se ponen en latín solamente, cuándo en latín y castellano o bien solamente en castellano (V, 102-105).

R. G.-V.

GERTRUDIS, SANTA, *El Heraldo del amor divino. Revelaciones, con las oraciones y Ejercicios de la misma Santa*. Nueva versión española por un Padre Benedictino.—Editorial Balmes (Barcelona, 1945). LXXXIX + 948, ptas. 20.

Publicanse aquí, con presentación moderna de notas y larga introducción, las revelaciones o memorias que escribió la Santa por mandato del

Señor. No están aquí todas las obras de Santa Gertrudis, pues sólo algunas se conservan. No nos queda de ella más que cuanto se encierra en este tomo: *Los Ejercicios Espirituales*, que compuso para su uso particular y para el de sus hermanas de Helfta, y *El Heraldo del Amor divino*, o sea los cinco libros de sus Revelaciones, que es lo principal del libro, ya que los *Ejercicios* en su mayor parte son un comentario espiritual y práctico de las fórmulas y ritos del Bautismo y para consagrarse un alma a Dios. La misma Santa sólo escribió el segundo libro del *Heraldo del Amor divino*, el primero escrito en orden cronológico. La otra parte de la obra fué dictada por Santa Gertrudis, y la escribió su amanuense y biógrafa, autora del primer libro, que es una biografía de la Santa, la cual, por sus frecuentes achaques, no pudo continuar escribiendo su obra. Cada libro va precedido de un prólogo: el del primer libro es de la biógrafa, y los restantes del P. Lansperg. La edición presenta la versión castellana del P. Timoteo Ortega, Benedictino de Silos, sobre la edición latina de los Benedictinos de Solesmes.

Estas revelaciones están repletas de ideas y sentimientos subidos y bellísimos. Anotaremos aquí algunas frases dignas de recordarse. Quien "quisiere llegar por su propio esfuerzo a la contemplación divina (favor que nadie puede conseguir sin una gracia especial), este tal hallará en semejante comportamiento más daño que provecho" (p. 264-265). Admirables son las palabras que dice San Juan Evangelista a Santa Gertrudis en una revelación: "La dulce elocuencia de los latidos del Sagrado Corazón está reservada para los últimos tiempos, a fin de que el mundo, envejecido y entibiado, se recaliente en el amor de su Dios" (377-378). Y esto se escribió en el siglo XIII.

No creemos un camino acertado el de investigar cuestiones históricas de la Escritura o de Patrología aferrándose a dichos que se encuentran en las revelaciones. Quien tal hiciera aquí, tropezaría con hechos que hoy día niega la historia: que el Señor se llevo a San Juan de este mundo sin pasar por la muerte (p. 385), o que San León Papa, para vencer una tentación, se cortó una mano (p. 516). No había de desmentir el Señor en sus revelaciones a la Santa las fábulas que entonces se daban por hechos históricos.

Creemos que ha sido un gran acierto la publicación de este libro, que ofrece una lectura espiritual muy provechosa a las almas humildes y devotas que deseen progresar en espíritu. Mil plácemes merece la Editorial por su publicación, si bien muchos sin duda hubieran preferido que las notas no se relegaran a la parte última del libro.

MANUEL QUERA, S. I.

CASANOVAS, IGNACIO, S. I., *San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús*. Versión de la segunda edición catalana del R. P. MANUEL QUERA, S. I.—Editorial Balmes (Barcelona, 1944), 398, ptas. 10.

En 1922 publicó el P. Casanovas, egregio escritor catalán, una de sus más acabadas y perfectas obras: *Sant Ignasi de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús*. Rápidamente se vendieron los 5.000 ejemplares de aquella primera edición, de suerte que el autor hubo de preparar la segunda, corregida y aumentada, que con el subtítulo de "Autor dels Exercicis Espirituals" vió la luz en 1930, como primer volumen de una "Biblioteca d'Exercicis".

Obras de valor sobre San Ignacio no teníamos en castellano, fuera de la magnífica del P. Antonio Astráin, en su *Historia de la Compañía*

de Jesús en la Asistencia de España, no destinada al gran público; por lo cual se decidió el P. Antonio Viladevall a traducir la del P. Casanovas, y así lo hizo en Madrid, 1930.

Esta primera traducción omittía algunos breves párrafos que sólo interesaban a los catalanes; por lo demás se acomodaba fielmente al original en todo, pero estaba hecha sobre la primera edición.

Más recientemente el P. Manuel Quera se propuso dar a conocer en castellano la segunda edición, y en vez de utilizar la versión de Viladevall, hizo él por cuenta propia una nueva traducción de toda la obra con las mejoras introducidas por el autor en la segunda edición y con otras muchas que el traductor ha añadido. "Al traducir la obra del P. Casanovas—dice— se ha seguido el criterio de repasar una a una sus notas, ya anotando al pie de la página las que dejó sin señalar, ya marcándolas con más exactitud cuando por diversas causas aparecieron equivocadas. Además, en gracia de la verdad histórica, se ha procurado afinar lo más posible las afirmaciones y los datos del autor, acomodándolos a las últimas publicaciones que han podido aparecer puntos dudosos o controvertidos."

En efecto, son tantas las notas añadidas, se han corregido las inexactitudes de Casanovas con crítica tan escrupulosa y esmerada, y se han aportado tantos pormenores nuevos, que lo que antes era un libro de lectura fácil y vulgarizadora ha resultado un libro de consulta y de utilidad aun para los eruditos. Como esta labor crítica y erudita queda reducida a las notas, y éstas se han redactado con la mayor concisión y brevedad, esta Vida de San Ignacio seguirá siendo de lectura agradable para todos.

Se ve que el diligentísimo traductor y anotador está al tanto de la última bibliografía ignaciana y ha compulsado las fuentes con la mayor exactitud. Quizá en las correcciones que introduce haya seguido demasiado ciegamente a los editores de MHSI en *Fontes narrativi de Sancto Ignatio de Loyola*, vgr. en la fecha de la partida de Iñigo a Arévalo, y en aquella variante de un texto de la Autobiografía, donde se habla de los sacerdotes o presbíteros azpeitianos (preti), que salieron al encuentro de Ignacio, y que el P. Quera con los editores de *Fontes narrativi* lee "predetti", o sea, los antedichos servidores de los Loyolas. También sigue a mismos editores en la puntuación del siguiente pasaje: "Se alteró mucho su hermano, avergonzándose de que quisiese ir a pie y a la tarde. Quiso el peregrino descender en esto, de andar..." Nosotros opinamos que con la expresión "a la tarde" (en el orig. italiano: *a la sera*) quiso significar el portugués P. González de Cámara "al fin" o "por fin", y consiguientemente debe leerse de la siguiente forma: "Se alteró mucho su hermano, avergonzándose de que quisiese ir a pie. Y a la tarde quiso el peregrino descender en esto, de andar..." (p. 222)). Téngase presente que así puntúa el más autorizado de los manuscritos.

Aquellos que han de utilizar este libro como instrumento de trabajo para otros estudios en torno a la figura de San Ignacio, tal vez echen de menos un elenco bibliográfico de las principales publicaciones, aunque a decir verdad ya el traductor consigna lo más fundamental en la nota 9 del Prólogo.

Del estilo del P. Casanovas y de su obra clásica, huelga hacer encomios. Nos dejó en esta obra un magnífico retrato del Fundador de la Compañía, retrato de cuerpo entero, perfecto de colorido y de expresión psicológica. Trazó con especial cuidado y amor la vida de San Ignacio en Cataluña, describiendo lo demás a grandes rasgos. Atendió poco a los hechos externos, queriendo más bien darnos el alma de su biografiado.

Ello constituye a la vez su mayor deficiencia y su mayor mérito. De la imponente actuación de Ignacio en Roma, que influye en toda la historia eclesiástica de su siglo, apenas nos da una ligerísima idea, pero en cambio nos traza acertadas síntesis de "San Ignacio, Fundador, General, Padre de la Compañía" y de su "Santidad ejemplar". La Autobiografía del Santo es su fuente capital. Gracias a las notas del P. Quera, esta traducción castellana ha resultado, en todo a lo que a erudición se refiere, notablemente perfeccionada.

R. G.-VILLOSLADA, S. I.

GONZÁLEZ, J., *San Froilán de León*, Ediciones Centro de Estudios e Investigación de San Isidoro (León, 1946) 124-XXX.

Valiosa reconstrucción histórica de una de nuestras grandes figuras medievales. Froilán de León—vindicado así desde el título de la obra para la patria de su vida apostólica—se ofrece delineado en sus múltiples facetas de anacoreta, organizador monástico, colonizador, propulsor de la cultura, obispo y santo. Sirve de base a la disertación la breve biografía de Juan Diácono, que se ilustra ampliamente con proyecciones de rica y depurada erudición sobre toda la época cultural de Alonso III. Al final, una reproducción fragmentaria del códice 6 de la Catedral de León, con la transcripción de toda la biografía, más otras siete láminas de las reliquias, estatuas y medio ambiente del biografiado.

A título de curiosidad noto el intenso parecido de que ha tejido Juan Diácono su biografía de San Froilán, con el libro de Job, y que no ha sido observado. Ya a la primera lectura del contenido resuenan frases idénticas en los comienzos de ambas obras:

Vir erat in terra Hus nomine
Iob, et erat vir ille simplex et rec-
tus ac timens Deum et recedens a
malo.

Fuit vir vite venerabilis frolanus
episcopus in sub hurbium lucense
hortus cives gallecie, ab infantia
in sanetis disciplinis eruditus ti-
mens Deum et recedens a malo.

No parece sino que en la mente de Juan Diácono resonaban ciertos paralelismos entre el "varón de Hus", cuyo libro acababa de copiar en el mismo manuscrito, y el otro "varón... del suburbio de Lugo". El término "corpuseculum", aplicado al cadáver, es un caso del diminutivo en los sustantivos, del latín vulgar (cf. Grandgent-Moll, n. 13).

J. MADDOZ, S. I.

FELIPE ITURBIDE, DIONISIO DE, Redentorista, *Flor de Granada, Historia documentada y completa de Conchita Barrecheguren*. Segunda edición. Editorial "El Perpetuo Socorro", Madrid, 1945.

Conchita Barrecheguren fué una joven granadina, nacida en 1905 y muerta en 1927, cuya causa de beatificación está introducida. De niña quiso ser monja e hizo voto de virginidad, pero no llegó a entrar en el claustro. Su vida de santidad se desplegó suavemente dentro del hogar de sus padres, practicando todas las virtudes de su estado, frecuentando los sacramentos con extraordinario fervor, rezando el Oficio parvo y el Vía crucis todos los días, examinando su conciencia por la mañana y

por la noche, haciendo Ejercicios espirituales asistiendo a los Jueves eucarísticos, visitando los Sagrarios, estudiando y ejerciendo el apostolado en las catequesis. Fué modelo de hija de familia y modelo de Hijas de María. Todas las jóvenes leerán con provecho y con gusto esta biografía de la "Flor de Granada", escrita en estilo florido y atrayente, y adornada con artísticas fotografías.

V. A.

STICCO, MARÍA. *El ideal vale más que la vida. Perfil biográfico de Della Agostini, primera aspiranta de la Juventud Femenina Católica Italiana*. Trad. de la 3.^a ed. italiana por J. PUGÉS.—Luis Gili (Barcelona, 1945) 174, 5 pls.

Sabido es el cariño que profesaba Pío XI a la "Juventud Femenina Católica Italiana", que calificó de "poderosa fuerza de organización que por sí sola constituía un gran prodigio". Della Agostini fué su primera aspiranta, pasó a ser socia efectiva, llegó a Secretaria diocesana y murió santamente a los veintitrés años, realizando el lema que había tomado para su vida: "Virginidad y Martirio". Su fervor la llevó a ofrecer a Dios voluntariamente su vida, para perfeccionar el sacrificio que de sí tenía hecho mediante un voto de obediencia, a pesar de ser contrario a su naturaleza, y así "hacer algo por la Iglesia y por Italia". El Señor aceptó su sacrificio y le envió la enfermedad de la tuberculosis, de la cual no pudo sanar a pesar de todo el arte de la Medicina que se puso en ella.

Aunque María Sticco es la autora de esta biografía, no ha hecho más que entretrejer las Memorias que Della dejó escritas, con todo el frescor de la juventud, con un sano optimismo en la adversidad y un espíritu sobrenatural que encanta. Es un alma que lucha en medio de los azares de la vida, corriendo tras el ideal de trabajar por la causa de Cristo y santificarse a sí misma. La rapidez con que se han seguido las ediciones muestra el éxito de esta biografía, que a ratos se lee con la amenidad de una novela.

M. Q.

PAYERAS, FRANCISCO, Pbro. *Siempre tuya*. Biografía de Catalina Valens Nicoláu.—(Palma de Mallorca, 1944).

La joven Catalina Valens, nacida en Felanitx (Mallorca) en 1913 y muerta, a los veintidós años, en 1935, puede servir de modelo para todas las jóvenes de Acción Católica, por su aplicación al estudio, por su piedad encandadísima, por el exacto cumplimiento de sus deberes, por la delicadeza con que examinata cada día su conciencia, por el celo apostólico que la animaba. La presente biografía está basada en cinco cuadernillos de apuntes espirituales, en que anotaba Catalina sus exámenes de conciencia, el modo como cumplía sus propósitos y otros actos de vida espiritual; en dos cuadernos relativos a su trabajo en la Acción Católica; en cartas, composiciones literarias, poesías piadosas y en testimonios de su Director espiritual, de su párroco, de sus compañeras, etc. En 1931, año en que empieza la persecución religiosa en España, inaugura Catalina una vida de más perfección. En 1933 hace voto de castidad y muere dos años después, sin poder realizar su ideal de consagrarse a Dios en la vida religiosa.

R. A.

MÜLLER, JUAN B., S. I., *Manual de ceremonias*. Traducido del alemán (41 millar) por el DR. MANUEL TRENS, Pbro.—Editorial Litúrgica Española (Barcelona, 1944).

El Manual del P. Müller no necesita presentación ni elogio. Tiene sobre todos los demás libros de ceremonias que es verdaderamente Manual, lo cual supone un formidable trabajo de síntesis, de purificación, de claridad, de método, porque en estas 330 paginitas está condensada toda la liturgia, con todas sus rúbricas. El sacerdote podrá llevar a cualquier parte este librito manual y de bolsillo, de presentación tipográfica elegante, que le sacará de dudas en toda función litúrgica y le ayudará a preparar rápida y exactamente el ceremonial de cualquier sagrado ministerio. Allí encontrará, conforme a las últimas prescripciones, desde el rito más humilde y sencillo hasta los Congresos eucarísticos y las Canonizaciones y Beatificaciones, con un Suplemento musical muy útil y un resumen gráfico de las ceremonias de la Misa solemne. "Con el libro de Müller—añirma con razón el prologuista—bastan diez minutos para ponerse al corriente de las ceremonias de un Viernes Santo o de un Sábado de Gloria... El libro de Müller va a dejar sin excusa a todo sacerdote que ignore o menosprecie su arte y oficio de liturgo."

R. A.

MORÁN, EPIFANIO, Redentorista, *Jesucristo ayer y hoy...* (Evangelio y Eucaristía). Portada por ALFREDO WIECHERS: ilustraciones de JOSÉ M. RAMÓN.—Editorial El Perpetuo Socorro (Madrid, 1944).

La vida evangélica de Jesús y su vida eucarística en el Sagrario se armonizan y completan en el alma de quien lee y medita estas páginas. "Sencillas consideraciones" las llama su autor, escritas con el propósito de "poner de relieve algunas de las preciosísimas enseñanzas encerradas en ciertos pasajes del Santo Evangelio". El estilo es cortado, apto para la meditación, sugerente, con tendencia a lo poético y salpicado con variedad de citas interesantes y amenas. "He tenido en cuenta—nos dice—la afición general de las almas de estos tiempos a la lectura de libros atrayentes y sugestivos, ya por la amenidad y variedad del estilo, ya por la presentación gráfica y material". Con tantos versitos y con algunos grabados en que predomina lo blando y femenino (no nos gusta, por ejemplo, la Magdalena de la pág. 112-113) puede parecer un libro más para colegialas y monjitas que para hombres. Y sin embargo la doctrina es viril y sólidamente ascética, como sacada del Evangelio, y expuesta con unción y fervor. Están bien los dibujos de José M. Ramón.

G. V.

TORRES, ALFONSO, S. I., *Apuntes de Ejercicios*. Segunda serie.—Escelicer, S. L. (Madrid, 1945).

— *Lecciones sacras sobre los Santos Evangelios*, Vol. II: *Del Jordán a la conversión de San Mateo*.—Escelicer, S. L. (Madrid, 1945).

Como advierte el autor en la introducción, estos Apuntes no son meditaciones de Ejercicios, ni explicaciones del texto de San Ignacio; son pláticas complementarias pronunciadas durante el tiempo de Ejercicios, pláticas tomadas taquigráficamente y que por consiguiente tienen el frescor y naturalidad de la palabra viva y espontánea, con los incon-

venientes de la improvisación. Estas pláticas familiares y en plan de conversación instructiva, sin fogosidades ni aplicaciones menudas a la vida moral, revelan con todo al gran orador en su absoluto dominio del giro y del concepto. El argumento de todas ellas está tomado de la Epístola primera de San Juan. No dudamos que, dichas con el fervor y hondura que caracterizaba al P. Torres, resultarían muy fructuosas espiritualmente; a los lectores tal vez no les satisfagan tanto, por no encontrar en ellas ni un comentario propiamente dicho de la Epístola de San Juan, ni una explicación precisa de los Ejercicios, si bien todos admirarán la elevación de un espíritu no vulgar y un fondo evangélico de quien ha sentido íntimamente las verdades más altas.

Las Lecciones sacras del mismo autor, aunque pronunciadas ante un público más abigarrado en la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y de San Francisco de Borja de Madrid, manifiestan igualmente ese doble carácter de la oratoria torresana: la sólida base escriturística y la naturalidad sobria y elegante de la expresión. Realmente es amplio y profundo el conocimiento que tiene de la Escritura, en especial de los Evangelios que comenta, procurando extraer su jugo sin alardes científicos. Los que nunca escucharon su palabra viva, fluida y arrebatadora difícilmente podrán adivinarla a través de estas páginas tan sencillas, tan sobriamente expositivas.

A. G.

GUARDINI, ROMANO, *La esencia del Cristianismo*. Versión del alemán, por FELIPE GONZÁLEZ VICÉN.—“Ediciones Nueva Epoca” (Madrid, 1945). 80.

El solo nombre de Guardini excita la apetencia de la lectura, y más cuando el ilustre profesor aborda temas tan trascendentales como el presente. Dejando por incompletas o falsas las respuestas que otros han dado a la cuestión ¿cuál es la esencia del Cristianismo?, Guardini responde que “el Cristianismo no es, en último término, ni una doctrina de la verdad ni una interpretación de la vida. Es esto también, pero nada de ello constituye su esencia nuclear. Su esencia está constituida por Jesús de Nazareth, por su existencia, su obra y su destino concretos: es decir, por una personalidad histórica. Algo semejante a lo que con estas palabras quiere decirse lo experimenta todo aquel para el que adquiere significación esencial otra persona. Para él no es ni *la humanidad ni lo humano* lo que reviste importancia, sino esta persona concreta”. Pues bien, según Guardini, *lo cristiano* es el mismo Cristo. “Un contenido doctrinal es cristiano en tanto que procede de su boca. La existencia es cristiana en tanto que su movimiento se halla determinado por El... La persona de Jesucristo en su unicidad histórica y en su gloria eterna es la categoría que determina el ser, el obrar y la doctrina de lo cristiano”. Aun el dicho tan común de que el Cristianismo es la religión del amor, hay que entenderlo no como amor en absoluto, ni siquiera como amor religioso, sino como amor dirigido a la persona de Jesús. Para Guardini, como para San Pablo, la fe cristiana es un “Ser en Cristo”, mas no por simple vivencia religiosa de carácter psicológico, sino como obra real del Espíritu Santo. Creer y ser bautizado significa incluirse en la constante acción redentora de Cristo. Estas breves páginas nos hacen sentir y comprender hondamente la significación de Jesús redentor y mediador en la religión cristiana, y serán muy útiles para que nuestros teólogos mediten y nos hagan sentir las fórmulas dogmáticas. Lo cautivador de Guardini es su hondo sentido realista y metafísico, con que penetra en lo medular, que frecuentemente es lo misterioso. Lástima que a veces el lenguaje sea tan abstracto y tan abs-

truso. ¿Será defecto propio tan sólo de la traducción? A los que se ocupan en la teología y en la filosofía cristiana recomendamos meditar sobre el problema planteado en las p. 78-79. Ojalá el mismo Guardini lo acometa en otro escrito. Y que lo haga con la misma preñez de ideas vivas que en éste, pero desarrollando un poco más cada concepto y perfilándolo con mayor nitidez.

R. G.-VILLOSLADA, S. J.

DELEYTO Y PIÑUELA, JOSÉ, *También se divierte el pueblo*. Recuerdos de hace tres siglos.—Espasa-Calpe (Madrid, 1944) 303. En 8.º

Ya el título de la obra hace alusión al de otra publicación anterior del mismo autor: *El Rey se divierte... También se divierte el pueblo*. Aquí, como en el libro precedente, del mismo género, se contiene una viva y amena descripción de conjunto sobre la vida española en tiempo de Felipe IV, desde el punto de vista de las diversiones populares. Es una historia documentada del aspecto risueño de la vida, que no se toca a veces en los otros estudios históricos más serios y aparatosos, de guerras, tratados, gobiernos y biografías más trascendentales.

El cuadro es múltiple y variadísimo, y está realizado con erudición y gusto. Fiestas populares, coreográficas, caballerescas, literarias. Destacan capítulos de subido interés, como la gama infinita de suertes en el toreo de aquellas calendas, muy distantes de la reglamentación artística del de nuestros días.

La documentación es rica y acreditada: *Avisos, Noticias, Cartas* de la época, *Memorias* de viajeros de otras naciones; textos, finalmente, de nuestros clásicos en gran número; del teatro, novela, poesía, sátira y libros de costumbres. La amenidad de estilo y la selección de materiales, muy a tono con el carácter de la obra.

El autor promete en sucesivos estudios proseguir en la descripción de otras varias secciones de aquella vida bulliciosa y despreocupada, bajo el cetro del *Rey poeta*. La historia y la literatura le quedarán agradecidas.

JOSÉ MADDOZ, S. I.

DUQUE DE MAURA, *El príncipe que murió de amor, D. Juan, primogénito de los Reyes Católicos*.—Espasa-Calpe (Madrid) 251, 25 × 15 cms.

Una síntesis maduramente elaborada sobre selectos materiales de primera mano y expuesta con galanura de estilo y rico dominio del lenguaje da por resultado en este libro la biografía de Don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, y como fondo del cuadro, un interesantísimo episodio de nuestra historia.

Su autor, maestro en achaques históricos, ha trazado el argumento con humano dramatismo y simpatía por su biografiado, que se comunica a los lectores.

Por su riqueza de contenido llega a ser el libro una verdadera historia de la vida española en la segunda mitad del siglo XV. En torno al asunto principal hay descripciones de subido interés, como la del Real en el sitio de Granada; varios capítulos sobre costumbres de la época, con ocasión de historiar el aseo personal del príncipe, o el servicio de su mesa procesionalmente y con fuerza armada; datos importantes sobre los libros que entonces se leían en España, etc.

La redacción adquiere a trechos valor documental gracias a una antología de textos antiguos que a la letra se copian, con gran acierto

para la eficacia confirmativa del relato y aun para dar ambiente de evocación al estilo. Dos de esas fuentes publicanse aquí por vez primera: el *Libro de los maravedises*, o de gastos de la Reina Católica de los años 1486 a 1487, y el *Libro de las joyas*, del ajuar de la princesa Margarita.

Con ser obra seria de historia, se lee con el atractivo de un libro de entretenimiento.

La presentación tipográfica, como toda la serie de "Grandes Biografías", acredita de nuevo a la Casa de Espasa-Calpe. Contiene dos hermosas ilustraciones, con sendos retratos de los príncipes.

J. MADOZ, S. J.

TIMÓN-DAVID, P. J., *Patronatos de juventud. Método, organización y dirección*.—Editorial Litúrgica Española (Barcelona, 1945).

La obra del Canónigo francés Timón-David no envejece, por más que sea ya centenaria. Y es que ese gran educador moderno—sin modernismos—se nutrió no con florecillas de un día, sino con la médula del cedro; es decir, con la sustancia fuerte y eterna del Evangelio. Preocupado de la educación de la juventud según el verdadero espíritu cristiano, organizó sus "Obras de juventudes" o "Patronatos", a fin de formar la mente y el corazón de los jóvenes, reuniéndolos en locales a propósito, donde, sin fatigarlos ni aburrirlos, se les daba una educación profundamente cristiana y delicadamente piadosa, al mismo tiempo que les ofrecían medios de honesto esparcimiento, sin excluir los talleres de artes y oficios, escuelas nocturnas, etc. Precioso libro es éste de pedagogía práctica donde todos los educadores, directores de colegios y asociaciones juveniles, inspectores, maestros, etc., tendrán mucho que aprender. ¡Qué observaciones tan atinadas sobre el pudor de los jóvenes, sobre los juegos, sobre la dirección, sobre los medios sobrenaturales! Es un gran educador el que habla, exponiendo metódicamente el fruto de su larga experiencia.

R. A.

LORES PALÁU, VICENTE, Pbro., *La Obra de las Vocaciones Sacerdotales*. Oración inaugural del curso académico 1945-1946.—Barcelona, 1945.

Secundando los deseos del Papa Pío XII, que ha elevado recientemente a la categoría de Pontificia la Obra de las Vocaciones Eclesiásticas; conmemorando el IV Centenario del Concilio de Trento, que tan eficazmente laboró por la obra de las vocaciones y de los Seminarios, y obedeciendo a imperativos de los cargos que ocupaba entonces de rector y profesor de Teología Pastoral en el Seminario Conciliar de Barcelona, el M. I. Dr. D. Vicente Lores Paláu trata en este trabajo de la Obra Pontificia de las Vocaciones Eclesiásticas. En la primera parte—la más larga—expone históricamente la continua solicitud de la Iglesia en favor de las vocaciones desde los tiempos primitivos hasta los últimos Pontífices, pasando por Trento y haciendo resaltar en España la labor de D. Manuel Domingo Sol. En la segunda trata con brevedad del fin y medios de que se vale la Obra de las Vocaciones, y en la tercera, de la organización y resultados. Todo en forma sintética, con mucha precisión, orden y claridad.

C. D.

TOLDRÁ, JAIME, *El gran renacentista español D. Antonio Agustín Albanell, uno de los principales filólogos del siglo XVI* (Extr. del "Boletín Arqueológico", Tarragona, 1945, fasc. 1-2).—Biblioteca Antonio Agustín. Ap. 20, Tarragona.

En las 50 páginas de este trabajo ha reunido su autor los más importantes datos históricos que se conocen del gran jurista, filólogo, humanista y arqueólogo, Obispo de Lérida, Padre de Trento, y por fin, Arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín. No aporta cosas nuevas, pero recoge lo principal con método y orden. Anota primeramente las *fechas principales de la vida de A. A.*; en un segundo apartado, que es el más flojo de todos, describe el *estado de la filología clásica en su tiempo*, y apoyándose en la *Historia de la Filología clásica*, de Kroll, afirma que en la Edad Media era "nula la afición por el estudio del griego en Occidente" (¡qué dirían Escoto Eriúgena y Anastasio Bibliotecario, en el siglo IX, Adelardo de Bath y Juan de Salisbury, con la Escuelas de Orleáns y de Chartres, en el siglo XII, y tantos otros que desde el siglo XIII, por motivos políticos y misionales, estuvieron en contacto con los bizantinos! Véase el artículo que sobre el conocimiento del griego en la Edad Media escribió B. Altaner en la "Zeitschrift für Kirchengeschichte" [1934] 436-493). Ciertamente que ese idioma clásico era poco cultivado, pero es falsa la afirmación, tomada del mismo Kroll, que "en las Universidades no empezaron a emplearse profesores de griego hasta el 1520, y el uso exclusivo del latín clásico ciceroniano..., hasta el 1537". Esto supone una ignorancia completa del triunfo del humanismo en casi todas las Universidades. Baste decir que en una de las más refractarias, como la de París, hubo cátedra de griego desde 1457, y en la medieval Salamanca hicieron época las lecciones de Arias Barbosa, por no hablar de Alcalá, desde cuyos comienzos desempeña la cátedra de griego Demetrio Ducas, el Cretense. Al tratar de los *estudios y profesores de A. A.* no menciona los que tuvo en Alcalá y Salamanca. El apartado quinto, dedicado a las *Ediciones críticas y obras principales de carácter filológico*, es el más valioso, a mi parecer. En todo el trabajo se pone de relieve la colosal e influyente figura de este gran renacentista español, menos conocido de lo que se merece. Fuera de las frases que acabo de censurar, y que en resumidas cuentas no son del autor, el trabajo está hecho con notable exactitud.

R. V.

CONTRERAS, JUAN DE, MARQUÉS DE LOZOYA, *Historia del arte hispánico*, t. 4.º—Salvat Editores, S. A. (Barcelona, 1945) XIII + 684.

El Marqués de Lozoya pone en nuestras manos agradecidas un nuevo tomo de su *Historia del arte hispánico*, el cuarto, que abarca el Barroco y el Neoclasicismo, es decir, desde los últimos decenios del siglo XVI hasta los primeros del XIX, épocas bien definidas ya en la historia de la cultura, como algo *espiritualmente* distinto del Renacimiento, a pesar de sus aparentes coincidencias *formales*. Sobre los tres primeros volúmenes de esta obra, véase la recensión publicada en esta misma revista, 17 (1943) 402-404.

Este cuarto tomo—pulquérrimo de estampa y riquísimo de ilustraciones, como suelen ser los de la casa Salvat—comprende diecisiete capítulos, cuya estructura parece ser la siguiente: tras una breve, pero densa y concisa, *Teoría del barroco* (p. 1-8), una primera parte (capítulos I-V) historia el primer barroco, desde los últimos años de Felipe II hasta mediados del XVII: los inicios de la arquitectura barroca,

con los Mora, Crescenzi y los arquitectos jesuitas (cap. I); el Greco y los primeros pintores barrocos: Tristán, Orrente, Mayno, Ribalta (cap. II); la imaginaria castellana (Gregorio Hernández), andaluza (Montañés, Juan de Mesa), norteña (Moure, Anchieta), levantina (Muñoz) (cap. III); Velázquez, culmen de la pintura española, y sus seguidores Mazo, Puga, Pareja (cap. IV); los manieristas contemporáneos de Velázquez en Castilla (Pereda, Ricci), en Andalucía (Herrera el Mozo, Zurbarán) y en Valencia (Ribera, Espinosa) (cap. V).

Una segunda parte abarca las últimas fases del Barroco (capítulos VI-XII), comenzando por la arquitectura cortesana (los Churriguera, Alonso Cano, Herrera el Mozo, Pedro de Ribera, los Tomé) (cap. VI), periférica (Portugal, Compostela, Loyola, Levante, Canarias) (cap. VII), y americana (caps. VIII y IX), para completar el arte transoceánico con *La pintura y la escultura en la América hispánica durante la época barroca* (cap. X), y regresar luego a la península historiando la pintura del último Barroco, en que el influjo flamenco de Rubens y Van Dyck se sobrepone al italiano: Alonso Cano, Murillo, Valdés Leal, Bocanegra, en Andalucía; Carreño de Miranda, Cerezo, Antolínez, Claudio Coello, Palomino, en la Corte; el mismo Palomino y sus discípulos, en Valencia; Viladomat, en Cataluña; los pintores de flores y bodegones, y todos los portugueses desde fines del XVI hasta la primera mitad del XVIII (cap. XI). El último capítulo de esta segunda parte, el XII, estudia *Las postrimerías de la escultura barroca en España*, desde Alonso Cano y Pedro de Mena, hasta Vergara, Bonifás y Salzillo, que sostienen, en pleno influjo extranjerizante, la auténtica tradición de los imagineros españoles.

El siglo XVIII viene a formar como una tercera sección (caps. XIII-XV). Las principales *Influencias extranjeras en el arte español durante el siglo XVIII*, representadas por Juvara, Sacchetti y una multitud de franceses en arquitectura, y por Van Loo y Luca Giordano en pintura (cap. XIII), constituyen como una introducción especial al arte neoclásico español, con los arquitectos Ventura Rodríguez, Juan Soler, Juan de Villanueva (Casita del Príncipe, Prado) y González Velázquez (Casita del Labrador), que tienen sus paralelos en Portugal y en América (cap. XIV); y con los escultores y pintores académicos, discípulos estos últimos de Tiepolo y de Mengs (cap. XV).

Finalmente, los dos últimos capítulos (XVI y XVII) comprenden todas las artes industriales y decorativas de los siglos XVII y XVIII, para las cuales—como advierte muy bien Lozoya en el prólogo—“la época barroca es un período triunfal, sobre todo en el siglo XVIII, en que la artesanía, en vísperas de ser anulada por los nuevos sistemas técnicos, sociales y económicos, llega a primores nunca antes y después superados” (p. VI).

Dos ideas capitalísimas hemos de subrayar en las páginas del prólogo: que “es en este volumen donde con mayor evidencia aparece demostrada la tesis que constituye la razón entrañable de este libro: la existencia de un fondo de unidad esencial de cultura en todos los países que integran la Península hispánica y en aquellos que en todo el orbe recibieron de su impulso misionero el beneficio de su agregación a la Cristiandad”. En este sentido, la monumental *Historia del arte hispánico* del Marqués de Lozoya viene a extender al dominio de las artes plásticas la teoría literaria con que Díaz-Plaja completaba las de Parinelli y Vossler, al decir que lo español era una unidad sinfónica—una y varia—tanto en su contenido como en su geografía.

La segunda idea a que aludíamos es que el Barroco constituye el primer momento en que la cultura española deja de ser provinciana para

adquirir "categoría metropolitana y prestigio universal. Si Juan de Mena o Jaime Serra, por ejemplo—continúa Lozoya—no son sino reflejos provincianos de la corriente que en Europa privaba en su tiempo, con un valor exclusivamente local, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Velázquez y Alonso Cano, apoderándose de las normas del Barroco, crean un estilo que no sólo produce obras de arte de prestigio universal, sino que, en un tiempo, da tono a la cultura europea": idea luminosa y exacta, si deja algún resquicio para las figuras de Ramón Llull y de Luis Vives, que en modo alguno caben en la categoría estricta de provincianos.

En lo que atañe a la *Teoría del Barroco*, se atiende el Marqués muy atinadamente a la tesis historicista de las constantes históricas—arcaísmo, clasicismo, barroquismo—, que ha venido a arrinconar definitivamente la estática estética pseudoelasicista. Sólo que en la bibliografía sobre ese tema tan de actualidad hubiéramos visto con gusto los nombres de Schnürer y de Croce, por el especial interés hispánico de sus tesis sobre el barroquismo europeo postrenacentista. En cambio, subrayamos complacidos que en las solas ocho páginas que se dedican a la estética barroca se toque suficientemente la cuestión barroquismo-jesuitismo: "Lo que es ciertamente exagerado—afirma el autor—es ligar el apogeo del Barroco a la Contrarreforma y, en especial, a la Compañía de Jesús. Precisamente el triunfo de esta cultura coincide con un período de laicismo en el pensamiento y en la vida, después de las guerras de Religión; los ejemplares más importantes no son ya templos, sino palacios, edificios públicos y conjuntos urbanos. Lo que sucede es que la Compañía de Jesús se vale del nuevo estilo para sus fines de propaganda. Se cuenta que en Nápoles, como un año los Padres supiesen que las fiestas del carnaval habían de ser muy licenciosas, discurrieron adornar su iglesia con tal aparato de columnas torsas, tallas doradas, damascos y cornucopias, que parecía un ascua de oro. Centenares de arañas deslumbraban la vista y los mejores músicos llenaban el ambiente con sus melodías. De esta manera consiguieron que el templo estuviese lleno y los bailes desiertos. Ni la Iglesia católica ni los jesuitas crean el Barroco, sino que lo sujetan a su sistema, como a cualquier otro prestigio de la ciencia o el arte" (p. 7-8).

En el desarrollo de los capítulos antes enumerados, sigue Lozoya el mismo laudable sistema de los tomos anteriores: no se contenta con resumir y hacer asequibles a un gran público los resultados de las monografías especializadas que se señalan al final de cada tema, sino que sabe darnos una síntesis propia y personal, con elementos ajenos y apreciaciones propias del mayor interés, todo bien asimilado por su viva personalidad, y canalizado por una pluma de ágil tensión estilística. Interesantes en este sentido son, por ejemplo, los grandes temas—precisamente los más propicios al plagio—, como las síntesis iniciales de los principales capítulos. El Greco (p. 27-48, que distan mucho de ser un mero resumen de Cossio), Velázquez (p. 81-111), Rivera y Espinosa, a quien concede—por vez primera en un compendio de historia del Arte—el alto lugar que le corresponde en la pintura española (p. 131-141). y la última escultura barroca (p. 381-411). Mas, por lo que a la estética neoclásica se refiere, hemos de confesar que no hubiera sobrado un breve careo entre la incapacidad de Azara para comprender el Barroco hispánico, y los inteligentes atisbos de Esteban de Arteaga en *La belleza ideal* (p. 152-154 en nuestra ed. de "Clásicos castellanos").

Sólo dos reparos me permitiré hacer en general: en la disposición de los capítulos se echa de menos, a las veces, una estructura más ade-

cuada, aunque más difícil: ¿por qué, por ejemplo, estudiar los pintores barrocos americanos, meros reflejos provincianos de sus contemporáneos españoles, antes de tratar de éstos? El segundo reparo es meramente tipográfico, y consiste en el desagradable contraste que ofrece la perfección del texto—casi exento de erratas—y la pulcritud de las figuras en negro, con las trieromías intercaladas, las cuales, sin duda por las circunstancias excepcionales que atravesamos, resultan poco dignas compañeras de los demás grabados.

No resta sino desear y esperar que el Marqués de Lozoya y la casa Salvat—la aristocracia y la industria al servicio de la cultura—nos den en breve el quinto y último tomo de esta magnífica obra, que ha de señalar un hito de honor en la historiografía del arte patrio.

M. BATLLORI, S. I.

GARCÍA GARCÉS, NARCISO, C. M. F., *Compendio de Metodología científica general*.—Coculsa (Madrid, 1945) 194 p., 18 × 12, 10 ptas.

Con simpatía y aplauso será recibido este Manual del P. García Garcés. Es una introducción a la investigación científica en general, aunque preferentemente orientada a las ciencias eclesísticas. De índole eminentemente práctica y alentadora, está destinado a los jóvenes investigadores, si bien en él podrán recordar provechosas normas también los veteranos.

Un capítulo preliminar expone las dotes que deben adornar al novel investigador, los peligros que ha de superar y los estímulos que avivarán su actividad. Ya en el centro del libro estudia, dando normas precisas y atinadas, las fases sucesivas de la elaboración de un tema de investigación científica: selección del mismo, material científico de fuentes y subsidios, labor o progresivo del argumento, exposición de los resultados, presentación y edición del libro.

Renunciando, como el autor lo dice desde el prólogo, a la originalidad, si bien abunda en sus páginas mucho de observación y experiencias personales, ha logrado fundir en su libro lo más valioso de cuantos le han precedido en esta pedagogía: los "tónicos de la voluntad" de Ramón y Cajal, el afán científico de Fonck, la sensatez equilibrada de De Guibert, la santificación entusiasta del trabajo de Serfílanges.

Hubiéramos deseado una más precisa caracterización de los dos aspectos de la investigación especulativa y positiva: con ello hubiera habido ocasión de insistir en la formación y procedimientos de orden filológico para esta última, de tanta necesidad en España. Entre las colecciones patristicas pudiera haberse citado a De la Bigne, por el mérito histórico de iniciador; entre las modernas falta la del *Corpus Berolinense*; tampoco hemos visto entre las enciclopedias de orientación el *Lexikon für Theologie und Kirche*; junto a la obra *Acta Sanctorum* de los Bollandos deben figurar los subsidios *Hagiographici Latini*, etc., de los mismos.

J. MADDOZ, S. J.

BLANCO GARCÍA, VICENTE, *Gramática Latina*.—M. Aguilar (Madrid, 1943).
BLANCO GARCÍA, VICENTE, *Latín medieval. Introducción a su estudio y Antología*.—M. Aguilar (Madrid, 1944).

El ilustre catedrático de lengua y literatura latinas en la Universidad de Zaragoza continúa en su meritoria labor de la publicación de excelentes auxiliares para el estudio del latín: gramáticas, antologías, diccionarios.

La gramática que aquí recomendamos está concebida desde un punto de vista eminentemente práctico y adaptado al fin que se propone. Situada en un grado elemental, ofrece, sin embargo, con claridad y precisión pedagógicas, un conocimiento completo de todas las normas y recursos gramaticales necesarios para la traducción e inteligencia de los textos de las antologías. El bachiller y aun el estudiante de Universidad tiene en ella un instrumento poderoso para el estudio del latín.

De utilidad más apremiante y especializada es la Introducción al estudio del latín medieval. No existían en España métodos originales de este género, tan cultivados sin embargo en el extranjero. El Dr. Blanco García responde a una necesidad que habían experimentado los estudiosos de la filología medieval, eclesiásticos y seculares. La formación en el latín clásico no capacita por el mismo caso para la inteligencia del latín medieval. En muchos casos son otros los giros, las leyes, las acepciones.

El libro del Dr. Blanco García es un manual preciso y exacto en el que se estudian las características de la ortografía, léxico, sintaxis y cantidad de la lengua latina en la época medieval.

Con muy buen acuerdo una acertada antología se lleva la parte preponderante de la obra: Petronio y las *Instituciones*, de Gayo; varios Padres de la Iglesia, como San Ambrosio, San Agustín, Sulpicio Severo, y los españoles San Isidoro, San Ildefonso y San Braulio; otros fragmentos posteriores, de la *Crónica* de Alfonso III, la *Historia Roderici*, *Historia Silense*, etcétera, representan la vida y evolución de esta latinidad y hacen prácticas las enseñanzas de la primera parte.

J. MADOZ, S. J.

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS SOCIALES ESPAÑOLES.—1, *Doctrinas de los tratadistas españoles de los siglos XVI y XVII sobre el comunismo* (Madrid, 1945). 170, 6 ptas.—2, PEDRO DE VALENCIA, *Escritos sociales*. (Madrid, 1945). 197, 6 ptas.

Un acierto insuperable es la Biblioteca de Clásicos sociales, cuyos dos primeros tomos presentamos.

En el primero se recogen los testimonios de unos veinticuatro autores de los siglos mencionados, en defensa de la propiedad privada y en contra de la comunidad de bienes. Se trata de defensas y de ataques propuestos en siglos de equilibrio intelectual y, por tanto, expresados con mesura, cimentados en verdaderas razones y, por otra parte, faltos por completo del prurito de exageración con que muchos autores modernos empeoran sus causas. La inteligencia disfruta al recorrer los argumentos que apoyan una propiedad concebida de un modo tan humano como es el expuesto por aquellos grandes pensadores.

En el segundo tomo aparece la gran figura de Pedro de Valencia en el enfoque de sus escritos sociales. En ella contemplamos a un filósofo prócer que parece tallado en las canteras de las Encíclicas pontificales de nuestros tiempos. Es Pedro de Valencia una verdadera gloria social española: un verdadero hallazgo que nos ofrece el insigne director de la Biblioteca, D. Carmelo Viñas y Mey. Los sendos prólogos, que el mismo Sr. Viñas antepone a los dos libros, rezuman la más exquisita, justa y cristiana sociología. No es extraño. Así son todos los escritos del Sr. Viñas. Sociólogos como este celoso catedrático son los que hacen falta actualmente, y, por desgracia, se cuentan con los dedos de una mano. Reciba nuestra sincera felicitación por esta Biblioteca comenzada, y nuestra adhesión a sus doctrinas sociales.

VILACREUS, S. J.

DEL VALLE, FLORENTINO, S. I. *Las reformas sociales en España*.—Ed. Razón y Fe, S. A. (Madrid, 1946), 178. 15 ptas.

Nos ofrece esta obra una hermosa síntesis de la fecunda legislación social española, que representa un paso de gigante en pro de las clases trabajadoras. Pocas naciones como nuestra patria podrán presentar algo semejante tan completo y tan avanzado. No es todavía el desiderátum, claro está; pero estamos en camino del mismo. Merece plácemes el P. del Valle por este libro, que es una verdadera defensa, propuesta con la elocuencia de los hechos fehacientes, de la labor social del Gobierno y de las doctrinas sociales de la Iglesia en que aquél constantemente se inspira.

VILACREUS, S. J.

GONZÁLEZ CORDERO, F. C. M. F. *Bosquejo de una Historia de la Filosofía*. Editorial Coculsa (Madrid, 1946), 290, en 8.º

El autor nos dice en el prólogo que "más que una sistematización doctrinal hemos atendido al encuadramiento histórico de las distintas teorías". Es un esfuerzo meritorio e interesante para que la Historia no aparezca ante los bachilleres como un centón inconexo, sino "como una bola de nieve que se va incrementando con el rodar del tiempo".

Por otra parte, este texto, a más de leerse con gusto, como pasa en los escritos que tienen esta conexión, tiene también la ventaja de estar "ordenado" (en cada autor se estudian, en tres epígrafes bien distinguidos, su "vida", "escritos", "doctrina"), lo cual ayuda a que el alumno retenga con más facilidad el contenido de la obra.

Nos permitiremos señalar que quizá algunos pormenores de sistematización pueden parecer un poco artificiales; tal la división de la filosofía griega alternando la sucesión de los problemas con la de las escuelas; o aun el último artículo (Filosofía apologética), que encierra en sí tendencias irreductibles a todo sistema y a toda filiación.

En cambio, creemos que el autor ha estado muy acertado al no terminar el estudio de la Historia con la filosofía postkantiana o moderna, sino que haciéndola descender desde el nominalismo y renacentismo, le opone el renacimiento aristotélico-escolástico, estudiado a partir de Luis Vives, como una corriente que revive con la escolástica española de los siglos XVI y XVII, hasta desembocar en el neoescolasticismo.

Quizá para el texto de bachillerato este manual contenga demasiados autores de segunda categoría; pero tiene, en cambio, la ventaja de que, fuera de esta finalidad pedagógica, informa al lector aun sobre varios sistemas contemporáneos, como son los de Heidegger y Blondel.

Podría también desearse quizá que en una obra destinada principalmente a texto, hubiese en los autores o corrientes principales algunas palabras de crítica o de orientación. Esto no obstante, apreciamos en mucho el excelente trabajo del R. P. González Cordero, cuya obra facilitará a los estudiosos el conocimiento sistemático y bien orientado de la Historia de la Filosofía.

ROIG GIRONELA, S. J.

Piezas maestras del Teatro teológico español.—Biblioteca de Autores Cristianos.—Tomo 1.º: *Autos sacramentales* (Pedraza, Anónimos, Timoneda, Lope de Vega, Valdiviello, Tirso de Molina, Calderón,

Mira de Amescua, Montalbán, Rojas, Moreto, Bances). Selección, notas e introducción general, de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ (Madrid, 1946) XLVII + 924.

Loable empresa ha sido de la benemérita "Biblioteca de Autores Cristianos" el acometer la edición de las piezas maestras del Teatro teológico español, contenida en dos tomos, de los cuales el primero está dedicado a los Autos sacramentales, y el segundo a las comedias. Diremos aquí del primero.

En una introducción, donde se dan la mano una erudición de buena ley y un comprensivo conocimiento de la esencia íntima de nuestros Autos sacramentales, expone el culto coleccionador la definición de los Autos, completando la de Valbuena Prat, sus orígenes, su originalidad, como género poético genuinamente español, la íntima compenetración del elemento teológico y del elemento dramático, su lirismo, el modo con que se representaban, y su índole popular. Razona, finalmente, el criterio que ha presidido a la selección de las piezas que integran la presente edición.

Una introducción de esta índole nos parece muy útil para los eruditos, y, en general, para quienes deseen tener una idea suficientemente clara de lo que eran y significaban los Autos. Sirve también para difundir más y más entre el público moderno la afición hacia un género poético que, en sentir del hispanófilo Ludwig Pfandl, es *la única poesía verdaderamente simbólica de la literatura universal*.

Vengamos ya a lo que constituye el cuerpo de este tomo: a los mismos Autos. Respecto a la selección de los Autos que se insertan, no disputaremos sobre la prelación que los insertados se merecen sobre otros que se han omitido. En general, los elegidos son de verdadero mérito, y algunos de ellos no deben faltar en ninguna colección. Tal vez se hubieran podido añadir algunos más a los solos cuatro de Lope, y omitir, en cambio, unos pocos de los quince que se presentan de Calderón: o mucho nos engañamos, o para gran parte del público piadoso de hoy serían más comprensibles ciertos Autos de Lope, precisamente por encerrar menos profundidad ideológica y conmover, en cambio, más dulcemente el corazón. La alegoría en este autor es más superficial, y por eso deja ver con menos cansancio y mayor deleite el dogma y la moral, cubiertos entre las flores siempre frescas de la inspiración de Lope.

Pero lo que no hemos de disimular es la desilusión que nos hemos llevado al ver que en una edición de finalidad edificativa e instructiva, en una edición cuyo intento es y debe ser vulgarizar entre la gente de hoy, tan carente de cultura religiosa honda y clara, esos Autos, tan densos en ideología católica, no se haya puesto al principio de cada una de las piezas ni siquiera una breve y concisa introducción que oriente a los lectores sobre el alcance del sentido de la obra y sobre el pensamiento capital que la informa. En este género literario es del todo indispensable una orientación previa. Sin ella, la mayor parte del público se meterá a ciegas por el intrincado argumento, y una porción de conceptos se le pasarán por alto. Con mucha frecuencia, en estos Autos se insinúan o tocan rápidamente profundos conceptos teológicos, muy difíciles de ser captados por personas no versadas en Teología.

Por ejemplo, en el Auto *El Colmenero divino*, dice Jesucristo, disfrazado de colmenero: *Sus colores me he vestido, aunque en ella sea buñuel, lo que en Mi blanco sayal*. Quiere decir: me he vestido de la naturaleza humana, que en los demás hombres está manchada con la culpa, mas

en Mí está limpia y hermosa. Una breve nota explicativa se imponía. Insinuábase el dogma del Purgatorio y la doctrina de las indulgencias en dos pasajes del Auto *El gran teatro del mundo: subirán (al cielo), pero no ahora. Pues son estas letras santas—mandamientos de soltura—de esta cárcel tenebrosa.*

Los ejemplos podrían multiplicarse.

Dígase lo propio de las continuas citas escriturísticas o alusiones, más o menos claras, a pasajes bíblicos: todo lo cual recibiría su plena luz, si en oportunas notas se señalase la cita de Biblia.

Algún Auto tiene sus precedentes históricos, que, brevemente expuestos, situarían la pieza en su ambiente propio; por ejemplo, el Auto *La hidalga del valle*, del que consta que fué compuesto por Calderón, por encargo del Tribunal de la Fe y de la Cancillería, en desagravio del insulto inferido a la entonces piadosa creencia por un fanático en Granada.

Fuera de lo dicho, tropiézase a menudo en estos Autos con palabras, frases, dichos y refranes, que por haber caído ahora en desuso o ser de difícil inteligencia, están pidiendo unas palabras, de explicación: *Quillotrado estáis de amores*; descortar, suplicaciones, peluz, luefies, lasto, cocar, hendo (por haciendo), al corito la pimienta, etc., etc.

Resumiendo: el lector contemporáneo echará en seguida de menos en esta colección lo que le era más necesario, es a saber, el hilo conductor de un teólogo y escriturista que le vaya guiando, para no perderse entre unas piezas de tan denso pensamiento religioso, y un intérprete literario que le descifre una multitud de palabras oscuras. El texto escueto no satisfará estos justos deseos.

Introducciones a cada Auto, esclarecimiento de pasajes difíciles por lo difícil del pensamiento, declaración de estilo y lenguaje. Estas tres obligaciones de un editor de Autos procuramos llenar de alguna manera en el tomo quinto de nuestra *Antología escolar de Literatura castellana*, publicada en 1928. Por estar agotada esta obra, hubiéramos cedido de muy buena gana nuestras introducciones y notas para la presente colección, llevados del deseo de ayudar así en algo a la mejor inteligencia y sabor de esas obras españolísimas.

Agradecimiento merece la Biblioteca de Autores Cristianos, por habernos ofrecido este libro; pero, habiendo podido ofrecernos un libro *con clave*, en auxilio de tantos como la necesitarán, nos ha dado un libro henchido de preciosidades dogmáticas, escriturísticas y teológicas, pero *sin clave*. ¡Qué lástima!

ARTURO M.^a CAYUELA, S. J.

Piezas maestras del Teatro teológico español.—Biblioteca de autores cristianos.—Tomo 2.º: *Comedias* (Tirso de Molina, Mira de Amescua, Calderón de la Barca, Guillén de Castro, Ruiz de Alarcón, Cervantes, Lope de Vega).—Selección, notas e introducción general de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. (Madrid, 1946) XLVII + 925.

Observaciones parecidas a las que nos ha sugerido el tomo primero (Autos sacramentales) nos sugiere este tomo segundo (Comedias).

La introducción general no revela un estudio tan personal ni tan profundo como el que se descubre en la introducción del tomo primero. Lo relativo a la erudición literaria está suficientemente tratado, aunque el coleccionador se aliene bastante a las opiniones expuestas antes de ahora, sobre todo por Menéndez y Pelayo. Lo concerniente a lo que constituye en estas comedias de asunto religioso el nervio y la osamenta, que es el

pensamiento dogmático, escriturístico o teológico, está tratado algo a la ligera; y cuando alguna cuestión ha suscitado controversias, como el carácter y la finalidad del drama *El condenado por desconfiado*, el editor se contenta con insinuar las opiniones encontradas de los críticos que de ello han escrito, pero dejando la cuestión sin resolver.

En lo que hemos de volver a insistir, como lo hemos hecho en el juicio del tomo de los Autos, es en deplorar que no se hayan antepuesto a cada una de las comedias o dramas, sendas introducciones que iluminen el pensamiento capital de la pieza. Claramente se ve, al leer estas piezas de carácter religioso, la intención que el autor se propuso de dramatizar una idea religiosa. Esa intención, repetimos, es la que se había de haber enfocado con la máxima claridad; máxime cuando, como en estas piezas sucede, hay peligro de que lectores poco expertos en interpretar pensamientos tocantes al dogma o a la teología o a la Biblia, puedan hallar en algunas frases ocasión de error y aun piedra de escándalo para su Fe, contra todo el intento del católico autor.

Además de las introducciones de cada pieza, se imponían en estas comedias de asunto tan difícil notas abundantes que declarasen pensamientos, frases, alusiones, guiando así como por la mano al lector, y ayudándole a comprender el alcance de los dichos y de las acciones que se van desarrollando. Poco le interesa a un lector de cultura media aquilatar si tal comedia es o no del autor a quien se le atribuye; y, en cambio, deseaba en muchos pasajes un rayo de luz orientadora.

Vamos a poner un ejemplo que valga por muchos, y explique nuestro deseo. En la comedia *El condenado por desconfiado*, dice el Demonio, aludiendo al engaño con que ha inducido al ermitaño Pablo, atormentado por dudas acerca de su salvación, a que se vaya a buscar a un tal Enrico, porque el fin que éste tenga ese mismo ha de tener él, Pablo: *Bien mi engaño va trazado.—Hoy verá el desconfiado—de Dios y de su poder—el fin que vendrá a tener,—pues él propio lo ha buscado.* Aquí se encierra, en resumen, el pensamiento central de toda la comedia. No se queje luego Pablo de Dios, al creerse rechazado inexorablemente de la piedad divina y fatalmente reprobado. El mismo, con sus malas obras, libremente perpetradas, se ha hecho indigno de aquella gran misericordia de Dios, que por tantos medios e inspiraciones le ha ido moviendo a penitencia. Muy burdo había sido el engaño diabólico, haciéndole creer que su suerte eterna estaba inevitablemente ligada a la del bandolero Enrico. Con un poco de reflexión, y sobre todo de humilde oración, podía haber descubierto el grosero fraude. Pues bien: unas líneas declaratorias de estos sencillos pensamientos, esclarecerían todo el problema encerrado en la comedia.

Hablando entre sí Pablo, dice, como si hablara con el bandido Enrico: *Palabra de un ángel fué;—pues, cuando Dios, juez eterno,—nos condenare al infierno,—ya habremos hecho por qué.* Una nota habría de evidenciar cómo aquí Pablo condena él mismo y contradice las frases que pronunció antes contra la que él, blasfemando, llamaba injusticia de Dios, y declara formalmente que, cuando Dios le condene, quedará plenamente justificado el proceder de la divina Justicia.

En las palabras que el poeta pone en boca del Angel, disfrazado de pastorcillo, para mover a Pablo a confianza, hay una expresión que necesitaría una glosa, si ha de salvarse la doctrina de la justificación. Dice así: Esta es su misericordia;—que con decirle al Señor: *Pequé, pequé*, muchas veces,—le recibe al pecador—en sus amorosos brazos. Esto es verdad, si esas palabras se dicen con interna contrición. También Judas las dijo (pequé entregando la sangre inocente), y, sin embargo, de nada le valieron.

Otra frase, la que dice Enrico, al decirle a Pablo que nunca ha perdido

la esperanza de salvarse, necesita otra glosa para no ser mal interpretada. *Mas siempre tengo esperanza—en que tengo de salvarme:—puesto que no va fundada—mi esperanza en obras mías,—sino en saber que se humana—Dios con el más pecador, y con su piedad le salva.* Ciertamente que la esperanza de salvarse ha de ir fundada sobre todo en la gracia de Dios, sin la cual no podemos dar un paso en nuestra justificación, ni por tanto en nuestra salvación; pero como Dios exige para salvarnos la libre cooperación de nuestra voluntad, no podemos presumir que Dios nos salvará si no ponemos, ayudados de la gracia, las obras que Dios nos manda. Esa sería, no confianza, sino necia presunción.

Finalmente, piden otra glosa aquellas palabras de Enrico: *Es verdad: más la esperanza—que tengo en Dios, ha de hacer—que haya piedad de mi causa.* Si miramos a la disposición *subjetiva* de Enrico, la esperanza que dice tener en Dios no merece en modo alguno que Dios haya piedad de él, porque no quiere renunciar a su vida criminal: mas considerada *objetivamente*, esa esperanza puede llegar a ser, y en el caso presente será de hecho, un asidero del que se coja ese pecador, si llega la hora en que Dios, no obstante tantos deméritos, le convida al arrepentimiento. Como Pablo carecía de ese asidero, cuando para él llegó esa hora, no tuvo de qué cogerse para salvarse: él mismo, voluntariamente, se obstruyó el camino.

Creemos que con estos ejemplos se entenderá lo que echamos de menos en esta colección. Asimismo, en la comedia *El rufián dichoso*, de Cervantes, y en otras de la misma tendencia, hay peligro de que lectores incautos saquen la arriesgadísima consecuencia de que no hay por qué cuidarse de hacer penitencia a tiempo, puesto que basta hacerla en el último instante de la vida; contra la constante exhortación de los Santos Padres, que desconfían mucho de esos arrepentimientos a última hora, por más que sean posibles.

Hemos declarado nuestro pensamiento en unos pocos pasajes: dígame lo propio de tantos y tantos otros. De todo lo cual deducimos, y creemos que lo deducirán también muchos críticos y pensadores, que de la edición de estas obras teatrales se habrían de encargar personas que uniesen a una bien cultivada erudición y formación literaria una formación teológica especial: es decir, personas que fuesen, juntamente, literatos y teólogos de profesión. En tales personas, el teólogo acerearía a esas obras —Autos y Comedias— la luz de la ciencia teológica, y el literato haría descender los conceptos teológicos al plano de un estilo diáfano y fácil, y no en demasía técnico, para lograr lo que, en frase feliz, dijo Menéndez y Pelayo: *Hacer sentar a la Teología en el hogar del menestral.*

ARTURO M.^a CAYUELA, S. J.